

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

ÉPOCA 2.^a—AÑO II.



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

DIRECTORES

LITERARIO D. VALENTIN GOMEZ RELIGIOSO D. FRANCISCO CAMINERO

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

Madrid 14 de Octubre de 1878

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

NÚMERO 14

SUMARIO

TEXTO. Advertencia importante.—Nuestros grabados, por A.—

Revista de la semana, por Uno de tantos.—El Arte en la Exposicion de Paris, por O. Havard.—Apólogo, poesia, por don Leopoldo Cano.—El vapor.—Fé!, por D. Javier Ugarte.—El grito de Coradonga, romance histórico, por D. Eduardo Zamora y Caballero.—El castillo de terciopelo, novela de Paul Féval, traducida por Balbina Antúnez.—Movimiento religioso.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS: Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Fray Francisco Gainza, Obispo de Nueva-Cáceres.—La Fuente de salvacion.—Nicosia, capital de la isla de Chipre.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

En atencion á haber surgido algunas diferencias entre el Director literario de LA ILUSTRACION CATOLICA y el Propietario (enfermo de mucha gravedad), rogamos encarecidamente á nuestros señores Suscritores nos dispensen cualquiera pequeña falta que adviertan en la parte literaria de este número de la Revista, que hemos tenido que escribir, confeccionar é imprimir desde la tarde del viernes 11 y todo el día 12; probablemente tales diferencias estarán arregladas para el número próximo.

NUESTROS GRABADOS

Excmo. é Ilmo. señor Dr. D. Fr. Francisco Gainza, Obispo de Nueva-Cáceres.—Nació este virtuoso Prelado en Calahorra, provincia de

Logroño, el 3 de Junio de 1818, y profesó en el Convento de la Orden de Predicadores de Pam-

religioso y su amor al estudio, cualidades ambas que se aquilataron más desde el día en que tuvo ingreso en la Orden.

En 1840 marchó á Manila, donde tantos y tan importantes servicios prestan á la Religion y á la pátria, á la humanidad y la ciencia las Ordenes monásticas.

No tardó el P. Gainza en distinguirse por su celo y la elocuencia de su palabra. Fué Prior del Convento de Manila, y en este cargo tuvo ocasion de desplegar sus dotes de prudencia, tacto y actividad incansable, que le hacian tan apto para desempeñarlo. Por espacio de veinte años explicó en la Universidad de Manila las cátedras de Filosofía y Derecho Canónico; asistió constantemente al confesonario, y ocupó con mucha frecuencia el púlpito, con grandísimo provecho de los fieles que acudían á escuchar su inspirada palabra.

No estaba entre tanto ociosa su pluma, de la que salieron obras tan notables como la *Explicacion de las facultades de los Obispos de Ultramar*, *El curso de Derecho Canónico*, *La historia de la expedicion franco-española á Cochinchina* (de cuyos hechos fué testigo presencial), y la *Gramática hispano-latina*, sin contar otros trabajos de menos importancia.

Llevado á la Silla episcopal de Nueva-Cáceres, su celo apostólico y su infatigable actividad tuvieron ancho campo en que ejercitarse, por el estado de postra-

EPISCOPADO ESPANOL



EXCMO. É ILMO. SEÑOR DR. D. FR. FRANCISCO GAINZA, OBISPO DE NUEVA-CÁCERES

plona el 15 de Octubre de 1834. Desde su primera juventud había llamado la atencion por su fervor

tólico y su infatigable actividad tuvieron ancho campo en que ejercitarse, por el estado de postra-

Ayuntamiento de Madrid

ción y atraso en que aquella diócesis se encontraba.

Pocos años bastaron al eminente Prelado para inocular en aquella región la sávia del progreso civilizador y cristiano.

A él se debió la reedificación y reforma del Seminario Conciliar; la fundación y construcción de un Colegio Normal para Maestras; la edificación de un hospital para lazaristas; el levantamiento de casas para el clero parroquial; la reparación del Palacio y la Catedral; la dotación de aguas á la ciudad; la corrección de muchos abusos, y en una palabra, la prosperidad de la diócesis que tiene la dicha de mirarle á su frente.

Ni los rigores del clima, ni los achaques propios de su edad avanzada, son parte á detenerle para recorrer los términos de su jurisdicción, ejerciendo las funciones de su elevado ministerio, y edificando con el ejemplo y la palabra á todos sus diocesanos, que le aman apasionadamente.

La fuente de salvación.—Esta composición, encuadrada en el plano de una catedral ojival, pertenece al antiguo Museo de la Trinidad de Madrid, es del siglo XV, y fué pintada por Juan Van Eyck. Representa la nueva alianza de Dios con el mundo. El Cristo, víctima del sacrificio está sentado sobre el altar, y tiene á sus pies el Cordero pascual. A la derecha está la Virgen leyendo, á la izquierda San Juan escribiendo el Apocalipsis. Dos grupos de ángeles acompañan con sus instrumentos el cántico que entona un coro celestial, que está repartido en dos torrecillas. La fuente mística que corre desde el Trono de Jesucristo, arroja Hostias. En ella se separan las dos sociedades: De un lado el Judaismo, cuyos representantes expresan la ceguera, el desfallecimiento, el desprecio ó la cólera; y del otro, el Cristianismo, que bebe en la fuente de la salvación.

Nicosia, capital de la isla de Chipre.—(Véanse nuestros artículos publicados sobre esta isla.)

A.

REVISTA DE LA SEMANA

Una de las mentiras que hacen decir hasta las gentes de conciencia más escrupulosa, es la frase sacramental «Los señores no están en casa», con que los criados dan políticamente con la puerta en las narices á las visitas importunas.

Y es porque esta frase ha llegado á no ser mentira, aunque diga lo contrario de la verdad.

Los señores no están en casa, quiere decir traducido al lenguaje corriente: «Los señores no tienen gana de ver á nadie; pero como el derecho de no recibir es un privilegio de los grandes personajes, me mandan que diga esta mentira, para que usted pueda irse con la música á otra parte, sin que su amor propio padezca lesión alguna.»

Convenido por todos dar esta significación á aquellas palabras, nadie tiene inconveniente en decir las, ni hacerlas decir, y no creemos que para lavarse de este pecado haya quien tome ni agua bendita.

Pues en mal hora se le ocurrió al emir de Caboul hacer decir una cosa semejante á los emisarios que el gobernador de la India inglesa le enviaba para hacerle una visita.

—¿El señor no está en casa?—ha dicho la Gran Bretaña;—pues allá va un ejército á ver si le encuentra.

Y á estas horas se habrán roto las hostilidades, lo cual significa que algunos centenares de súbditos del emir y de la reina Victoria se estarán rompiendo la cabeza.

Y si vence Inglaterra, quedará probado con toda la fuerza de los argumentos que se elaboran en la fábrica de Krupp, que el emir está obligado á recibir todas las visitas que lleguen á su puerta, incluso las de los *ingleses*, que son las que todo el mundo despide con cajas destempladas.

A propósito de esta guerra, en la cual muchos políticos creen ver un germen de futuras complicaciones, ha publicado el *Charivari* una caricatura llena de intención y gracia.

Una figura que representa á Inglaterra, se vuelve hacia la India, porque el emir le cierra el paso,

y Rusia, por entre las piernas del emir, la pega un puntapié, diciendo: «Yo no he puesto ahí la mano.»

Los marroquíes, que ya van olvidando la terrible lección que les dió España en 1860, han asesinado, con detalles horribles, á un súbdito español que ejercía un cargo por nombramiento de los cónsules europeos.

El gobierno ha entablado las correspondientes reclamaciones, y nosotros, que tratándose de patriotismo, ni queremos exaltarle irreflexivamente, para empujar á la nación en un camino de aventuras que pudieran ser fatales, ni hemos de dificultar en lo más mínimo la acción de los gobernantes, nos limitamos á hacer fervientes votos porque España quede en el lugar que le corresponde, y así esperamos que suceda.

En Berlín continúan discutiendo el proyecto de ley contra la propaganda socialista, y los socialistas, sin discutir nada, continúan propagando sus principios disolventes.

En el teatro Español, después de *Grandes humanas*, se ha puesto en escena *Un drama nuevo*. La admirable obra de Estébanez, que nunca parecerá vieja, porque cada vez se descubren en ella nuevas bellezas, ha sido bien interpretada por la compañía.

En la Comedia se ha estrenado una de D. Miguel Echegaray, titulada *Contra viento y marea*.

El pensamiento de esta obra se reduce á probar que la mujer que quiere ser honrada lo es; y si la demostración no resulta completa, no por eso nos parece menos digno de aplauso el propósito del señor Echegaray, que por otra parte ha dado en su última comedia nuevas pruebas de su talento y *vis cómica*.

Hace veinte años que se presentó al público de Madrid la Ristori, produciendo el mayor entusiasmo y obteniendo las ovaciones que no pueden menos de obtener sus excepcionales dotes para la tragedia.

Ahora ha vuelto á presentarse en el teatro de Apolo con el mismo repertorio. Nosotros temíamos que el tiempo hubiera hecho grandes estragos en las admirables facultades de la eminente artista. No ha sido así; y por lo tanto, el entusiasmo ha igualado al de antes.

No la hemos visto en *Maria Antonietta* que, según lo que ha dicho la prensa, debe ser un drama que se tradujo al español, y se representó en el teatro de la Zarzuela hará unos diez años.

Ya ha abierto sus puertas el teatro Real, donde Elena Sanz, la Borghi-Mamo y Gayarre parece que serán, como en la temporada anterior, los niños mimados del público.

La *Gaceta* ha publicado el anuncio de arriendo de este teatro, y por cierto que el pliego de condiciones nos parece redactado con mejor deseo que conocimiento práctico del negocio.

No sabemos cómo se va á arreglar el futuro empresario para ajustar artistas de *primo cartello*, y que consientan en contratarse á *cala* como los melones, pues no otra cosa significa lo de someter la compañía á la calificación de un jurado de cinco personas.

Creemos que esta condición habrá de modificarse ó, lo que es peor, *mistificarse* en la práctica, para que siga siendo cierto aquel refrán español de «Quien hizo la ley hizo la trampa.»

La *Correspondencia* del viernes nos sorprendió con una noticia estupenda.

Dice que en Valladolid se había casado un viudo, haciendo creer á su segunda esposa que del primer matrimonio no tenía más que un hijo, y que después de casado resultó con trece.

Es decir, que no escamoteó más que la fiolera de doce vástagos.

¡Escamotear es!

Un chascarrillo para concluir.

Cierto autor dramático pretendía leer una co-

media á un amigo suyo, á fin de que éste le ayudara á bautizar la nueva producción.

El amigo, que no tenía gana de oír la lectura, le dijo:

—¿Hay en tu comedia algún tambor?

—No.

—¿Y trompeta?

—Tampoco.

—Pues ya tienes título.

—¿Cuál?

—Sin tambor y sin trompeta.

UNO DE TANTOS.

EL ARTE ESPAÑOL EN LA EXPOSICION DE PARIS

Como es una gran satisfacción para nuestro patriotismo saber que las cosas de España merecen el aplauso de los extranjeros, nos apresuramos á traducir de una importante revista católica francesa el juicio crítico del arte español en la Exposición de París:

—Si Grecia está en decadencia, España está en progreso. Desde hace diez años, nuestros vecinos ultrapieninsulares han tomado una parte considerable en el movimiento artístico europeo.

Fortuny no ha contribuido poco á este renacimiento; y las obras de este ilustre pintor catalán ocupan toda una pared del pabellón español.

Al conceder á Fortuny el puesto de honor, sus compatriotas han querido atestiguarle á un tiempo su respeto y su gratitud.

Nada más conmovedor que este homenaje. Pero el culto que nuestros vecinos han tributado á la memoria del autor de la *Posada*, no puede dispensarnos de manifestar nuestro juicio imparcial sobre sus obras. Nuestros lectores saben que Fortuny ha sido tal vez el pintor más en boga de estos últimos años.

La moda lo había adoptado, y seguramente, dígame lo que se quiera, el juicio de la moda no es siempre falso, aunque le falta de ordinario una cualidad esencial: la medida.

Raro es el artista que logra las simpatías del mundo tan pronto como las logró Fortuny, nombre que parece predestinado. Los aficionados le aclamaron al punto mismo de su aparición, favor que ciertamente no estaba destituido de fundamento, porque el talento de Fortuny tiene juventud, gracia, frescura y fantasía original é imprevisible. El artista maneja hábilmente los colores; y sabe sacar de ellos en ocasiones contrastes intencionados y pintorescos; pero estas dotes seductoras no bastan para clasificar á Fortuny como el único en su género, y nosotros creemos que la aureola con que se ha circundado su frente, todavía joven, es tal vez demasiado dorada.

La pintura del *Modelo*, del *Ensayo* y de la *Comedia*, está salpicada de desenfado, sin que falte su poco de pimienta. La preciosidad de la hechura, los *concetti* de la composición, lo minucioso de los detalles, llaman y cautivan un momento la atención; algunas pinceladas, como frases felices, hacen sonreír, y divierten algunas pequeñeces ingeniosamente delineadas. Pero nada conmueve el corazón ni despierta la inteligencia: lo bello, este resplandor de lo verdadero, suele faltar con harta frecuencia.

Los caprichos de colores, las pirocténias de luces del *Carnicero turco* y de los *Prisioneros á la puerta de la mezquita*, más bien sorprenden que agradan. La *Posada*, el *Cazador del siglo XVII*, interesan menos por la calidad del color que por la multiplicidad infinita de los detalles, expresados con una paciencia de miniaturista verdaderamente inimitable. Describir esas pequeñas nonadas prodigiosas, maravillas de delicadeza y de insignificancia, donde se combinan la ejecución de Meissonnier y el colorido de Enrique Reguani, sería intentar lo imposible.

Como advierte muy acertadamente un crítico, Mr. Gabriel Lefaille, «se ha dicho todo sobre Fortuny menos esto: que murió sin haber dado la medida de su talento.» Los que más le han estudiado están convencidos de que estaba á punto de operarse una revolución en el genio del joven maestro, cuando desapareció como un meteoro que pasa.

En este artista, admirablemente dotado, la simple contemplación de un cuadro de Meissonier hizo nacer al Fortuny del *Matrimonio en la Vicería*.

Después de un ligero viaje á Marruecos, el joven pintor vino con todo el Oriente en su paleta. En cuanto emprende se notan los golpes del maestro, y su poderosa originalidad. Gobierna sus cualidades de asimilación, como la dominante rige el acorde.

Bastábale un acceso de entusiasmo en favor de una idea nueva, para colocarle de pronto en primera línea en otro grupo de artistas. Por eso, aunque no tenía 30 años, ya Italia nos estaba preparando un tercer Fortuny, más glorioso que los otros dos, el Fortuny del gran arte: ya, ante las obras magistrales de Correggio y de Tiziano, el alma del joven sentía esos estremecimientos que experimentan los genios creadores.

Fortuny ha formado escuela. Pero la mayor parte de los que han seguido sus procedimientos han exagerado sus defectos, como sucede siempre, sin lograr apropiarse sus cualidades particulares: lo pintoresco y la distinción. Sus más hábiles imitadores son Rico y Juan Gonzalez. Rico hace paisajes microscópicos, llenos de gusto, de finura y de variedad, calientes de tonos, luminosos y de traje demasiado ligero. Tiene además una fecundidad meridional. Gonzalez es la elegancia misma. Sus dos cuadros, la *Recien parida* y el *Prior de las bodas*, son bien conocidos del público parisien.

Vienen detrás Moreno y Carbonero: su *Aventura de D. Quijote* no carece de originalidad. Un aplauso también á la *Velada*, de Santa Cruz; al *Exorcismo*, de Martinez del Rincon, y al *Taller*, de Casanova. Algunos otros «pequeños pintores», Aranda, Mélida, Eguisquiza, Casado, Cazandua y Escosura, han enviado lienzos llenos de ingenio y de luz.

Uno de los maestros más felices del género anecdótico, Zamacois, muerto hace apenas dos años, está representado en *El bufon del Rey*, y dos ó tres cuadritos inferiores á las composiciones que formaron su reputación, singularmente *La educación de un Príncipe* y *La vuelta de la Reina*. Sin embargo, se ve todavía la garra del león.

A su lado, nos encontramos con un joven maestro, Ribera, que lleva alegremente un nombre ilustre. Es el más admirable observador y el pintor más elocuente de la bohemia española.

El artista más saliente de la Exposición castellana es Madrazo, hijo. Es un retratista de primer orden. Tiene, entre otros, una dama en bata de color lila, y un busto de hombre en traje antiguo, que llaman la atención por sus excepcionales cualidades de ejecución y de color. La amplitud del toque y la franqueza del colorido recuerdan á Everett Millais, una de las glorias de la escuela inglesa.

Bien que D. Raimundo Madrazo resida habitualmente en París; bien que esté constantemente confundido con los artistas franceses, no hay en sus obras nada que revele la influencia parisien. El color es á la vez vigoroso y tierno, brillante sin crudeza, y no debe su encanto y su opulencia á ninguno de esos artificios que practican frecuentemente los retratistas franceses. Las ropas están anchamente cepilladas sin adornos recargados; las carnes tienen una firmeza poco común, y lo que no es menos raro, Madrazo sabe conservar en sus retratos la gracia, el encanto y la distinción de los modelos. Ciertamente su gusto no es impecable; pero muestra una potencia de temperamento extraordinaria. Que se nos permita saludar en el Sr. Madrazo, hijo, á un digno compatriota de Zurbarán.

El Sr. Madrazo, padre, es el director de la Academia de Madrid. Premiado en todas las Exposiciones, y gratificado con todos los honores que el gobierno francés puede dar á un artista extranjero, es el decano de la escuela moderna española, y ya se le honra como á un antepasado. Las obras que ha expuesto denotan su vejez; pero los artistas de la península ibérica no hubieran querido tomar parte en este gran concurso si su amado jefe no hubiera estado en medio de ellos.

Los asuntos históricos no han inspirado mucho á los pintores españoles. Confieso que no es de sentir. Debo, sin embargo, mencionar dos lienzos de grandes dimensiones: *La muerte de Lucrecia*, de Plasencia, y *Juana la Loca*, de Pradilla.

La muerte de Lucrecia es una composición de

mérito. La escena está hábilmente interpretada. No tiene el defecto capital que se advierte en los asuntos de este género: el énfasis melodramático. El Sr. Plasencia ha querido ser sencillo, y por eso ha resultado grande. Su cuadro tiene hasta una originalidad imprevista. Sin separarse completamente de los tipos consagrados por la tradición, ha dado á los personajes una fisonomía que contrasta con las actitudes generalmente afectadas de los soldados y senadores romanos de la escuela clásica. Un fondo de paisaje muy bello en una nota realista de una tonalidad muy fría, completa el carácter particular de esta composición. El color es excelente. Si este artista es tan joven como nos dicen, tiene delante de sí un hermoso porvenir.

La *Juana la Loca*, del Sr. Pradilla, tiene grandes cualidades de colores y de composición; pero tampoco son raros los defectos, bien que no parecen debidos tanto á una educación insuficiente como á una inexperiencia que el tiempo corregirá, y á una fogosidad de juventud que se templará sin duda alguna.

La *educación del Príncipe D. Juan*, de Martinez Cubells; *Guillen de Vinatex ante Alfonso IV*, de Sala; *La muerte de Séneca*, de Dominguez; *La caída de un Angel*, de Pescador; *La muerte de Francisco Pizarro*, de Ramirez, merecen cumplidos elogios. *La educación del Príncipe D. Juan* está bien compuesto, hábilmente pintado, y tiene un hermoso color. Debo, igualmente, señalar el *Entierro de San Sebastian*, por Ferran. Es una obra notable, de amplia hechura, que produce honda impresión.

Entre los lienzos de color local, y por lo tanto de una originalidad completamente española, debo citar: *Antes de la corrida*, del Sr. Fernandez y Baldeñés, uno de los más sabios profesores de la Escuela de Bellas Artes de Málaga; *El antiguo majo*, de Jimenez Aranda, de Sevilla; *La cogida del torero*, de Lezcano; *Los tipos andaluces*, y *La novia del torero*, de Ortiz, de Sevilla; una *Musica tocando la guitarra*, de Riera, de Palma; *Un mercado*, de Aranda, cuadrito en que hay mucho movimiento y color.

Buenos cuadros, de género también, son las vistas de interior de iglesias, de Gonzalvo y Perez, colorista eminente. *¡A las armas!*, de Peiro; el *Maestro de armas*, de Equiquipa, y los tres retratos de jóvenes, de Bañuelos, que sigue las huellas de Madrazo.

En suma: la Exposición española es de las más interesantes. La influencia extranjera se nota menos que en los concursos anteriores, acentuándose en cambio la vuelta á las tradiciones nacionales. Una de las cosas más notables es la fuerza de la ejecución en la mayor parte de los artistas que han expuesto: es el carácter francamente marcado en sus obras.

La vacilación es más grande en la elección de los asuntos. El género, la anécdota, la crónica mundana, parece que atraen más á los españoles que en otro tiempo; las verdaderas escenas de costumbres nacionales, y los episodios tan heroicos de la historia religiosa de la Península, están casi olvidados. Es lástima; pero esperamos que España no abandonará estas dos fuentes de las grandes inspiraciones artísticas.

O. HAVARD.

APÓLOGO

Congregados en el seno
De un oscuro nubarrón
La lluvia, el rayo y el trueno,
Discutían con pasión
Si era el mundo malo ó bueno:

Y lo más extraordinario,

Puesto que se discutía

Al uso parlamentario,

Es... que ninguno podía

Convencer á su contrario.

Mano á mano, y pelo á pelo,

Armaban tal algazara,

Que alguno dijo en el suelo:

¡Gran tormenta se prepara!

¡Qué noche, válgame el cielo!

Gritó el rayo, ya quemado:

«¡Una idea luminosa!

Vaya el que salga nombrado,

Ante todo; á ver la cosa.»

Y dijo el trueno: «¡Aprrr...obado!»

Salió en suerte el nubarrón;

(Lo que prueba que no brota

La luz de la discusión:)

Miró abajo, no vió gota,

Y dijo: «el mundo es carbon.»

Llega el turno al rayo luego

Y al punto gritando sube:

«Por poco me dejan ciego;

No salgo más de la nube:

En el mundo todo es fuego.»

Por ver si había mentido

Iba el trueno hablando gordo,

Y volvió despavorido

Exclamando: «¡vengo sordo!

En el mundo todo es ruido.»

La lluvia que, jarro á jarro,

De la nube se desliza,

Grita: «¡achist! pesqué un catarro:

Por aquí llueve y graniza;

En el mundo todo es barro.»

Y así, todo el que salía

De la tierra murmuraba,

Y ninguno comprendía

Que lo malo que encerraba

Al mundo lo atribuía.

Si se forma causa á aquel

Filósofo de docena

Que no encuentra amigo fiel,

Mujer santa, ni obra buena...

De seguro, el pillo es él.

LEOPOLDO CANO.

EL VAPOR.

El vapor es la gran fuerza motriz de nuestros días. Muchos siglos han sido necesarios para descubrirlo, por mas que constantemente se manifestase en todas partes desde que al hombre se le ocurrió la idea de condimentar los alimentos hirviéndolos en agua. El puchero es la caldera rudimentaria; desde que hay pucheros, hay producción de fuerza por medio de vapor. Al escaparse el vapor zumbando por debajo de la tapadera, parecían decir uno y otra al hombre: «¡Si supieras lo que soy y lo que puedo!» Y la tapadera, al chocar contra los bordes del puchero, añadía: «¡Aquí tienes el medio de aprovechar eso que tú llamas humo, y que con ser tan sutil, tiene fuerza suficiente para levantarme y escapar por el espacio que logra abrirse!» Fué necesario que transcurrieran muchos años, muchos siglos, para que el hombre viera con los ojos de la inteligencia lo que veía con los de la materia, y comprendiera lo que le decían el vapor y la tapadera.

Los antiguos ya observaron esta fuerza, pero en la observación se quedaron. Por los años 120 antes de Jesucristo, vivía en Alejandría, Heron, discípulo de Ctesibio, y era mecánico y matemático. Construyó autómatas, clepsidras, máquinas movidas por el viento, é inventó la fuente que aún lleva su nombre. En su obra *Pneumática*, tratado de las máquinas de viento, escribió que si se practicaba un orificio en la parte superior de una marmita y se ponía en él una pequeña bola ligera, el vapor la levantaba y la bola parecía bailar. Hemos de añadir que los antiguos confundieron el vapor con el aire, y así como la tapadera, la bola siguió bailando sin que se comprendiese lo que allí había.

Blasco de Garay, capitán de mar, hizo un experimento en el puerto de Barcelona el día 17 de Junio de 1543, y puso en movimiento un buque por medio de dos ruedas de paletas, una á cada costado del mismo, que viraba con doble velocidad que por los medios ordinarios, y hacia, cuando menos, legua por hora en todo tiempo. ¿Cómo se movían las ruedas? ¿Por medio del vapor ó á fuerza de brazos? Después de citar los nombres del italiano Branca, del francés Salomon de Caus, quien comprendió las cualidades elásticas del vapor, y descubrió un aparato para hacer subir el agua por medio del fuego, lo cual, decía, puede dar origen á diversas máquinas, aparato que es una verdadera máquina de vapor; de los ingleses, marqués de Worcester y sir Samuel Moreland, llegamos á Dionisio Papin. Este célebre físico nació en Blois

en 1647, ejerciendo con gran éxito la medicina en París. La física tuvo para él tan grandes atractivos, que se dedicó con preferencia á su estudio, poniéndose en relacion con el inglés Boyle, con quien hizo experimentos sobre la naturaleza del aire. Fué profesor de matemáticas en la Universidad de Marburgo, y en 1697 se le nombró socio correspondiente de la Academia de París. Falleció en 1714, dejando varias obras y su principal título á la posteridad: el haber sido el primero que conoció toda la potencia del vapor y el gran partido que de él podía sacarse para las máquinas. Todo el mundo conoce su digestor, ó marmitta de Papin, con la cual aprovechaba hasta las sustancias alimenticias de los huesos. Como el vulgo, que no comprende de pronto los grandes inventos, no podía sospechar lo que encerraba aquella marmitta, tomó la cosa á broma y circuló una sátira que consistía en una exposicion de los perros al rey contra Papin, que les privaba de los huesos. Construyéronse algunas máquinas movidas por el vapor, pero imperfectas. Quien dió el gran paso fué el escocés Jaime Watt. Este nació en Greenok en 1736, y en su juventud estuvo empleado en el colegio de Glasgow en componer los instrumentos de matemáticas de los alumnos y en construirlos en caso preciso, y más tarde cooperó á los trabajos de los puentes y canales de Escocia. Mejoró las máquinas de Newcomen y de Brighton por medio del condensador, el empleo exclusivo del vapor para el movimiento de los émbolos y la aplicación matemática de sus resultados, que permitieron quedichas máquinas recibieran sus más útiles aplicaciones. Cada uno de los descubrimientos de Watt hubiera bastado para inmortalizarle; pero no lo evitaron los dardos de los envidiosos que se disputaron sus descubrimientos.

Más dichoso que otros grandes hombres, un decreto del Banco del Rey, dado en 1799, reconoció sus títulos, despues de largos debates, y desde entonces Watt gozó de nombradía europea. Murió en 1819, en su posesion de Heathfield, cerca de Birmingham.

Se habia comprendido lo que era aquella fuerza que hacia saltar la tapadera del puchero, y se la habia aplicado; y claro es que dado el primer paso se habia de seguir adelante.

¡FÉ!

Ninguna cuestion, como la cuestion religiosa, combate los ánimos, inquieta las conciencias, y solicita por todas partes la atencion general en nuestros dias. Hay algo en la atmósfera que respira-

mos, en cuanto se discute y se analiza, en la conducta de las sociedades y de los individuos, que, aún sin querer afectar al carácter religioso, inevitable á nuestra naturaleza, lo contagia todo y lo infiltra de ese carácter, arrastrándonos, ya que no á la fé, á la duda: ¿y qué es la duda, sino la confirmacion más elocuente de la necesidad de la fé, no de otra suerte que el robo es cabalmente la demostracion de la propiedad, como un ilustre escritor arguyó á M. Proudhon?

Importa, pues, é importa mucho, que esa cuestion se dilucide, que se lance á todos los vientos,

otras generaciones no tan sábias, quizá, como la nuestra. Y nada mejor para ello que aceptar el debate allí donde se presente, y promoverlo desde luego, anticipando al ataque la defensa. Siempre ha sido el peor enemigo de ciertas escuelas su propia indolencia, que les ha alejado del movimiento general que ha surgido en torno suyo, cediendo el campo á advenedizos desarmados, sin otra fuerza que el displicente abandono de su adversario.

No es exacto, como muchos creen, que el espiritualismo haya perdido sus dominios, trofeo del indiferentismo descarnado ó del grosero materialis-

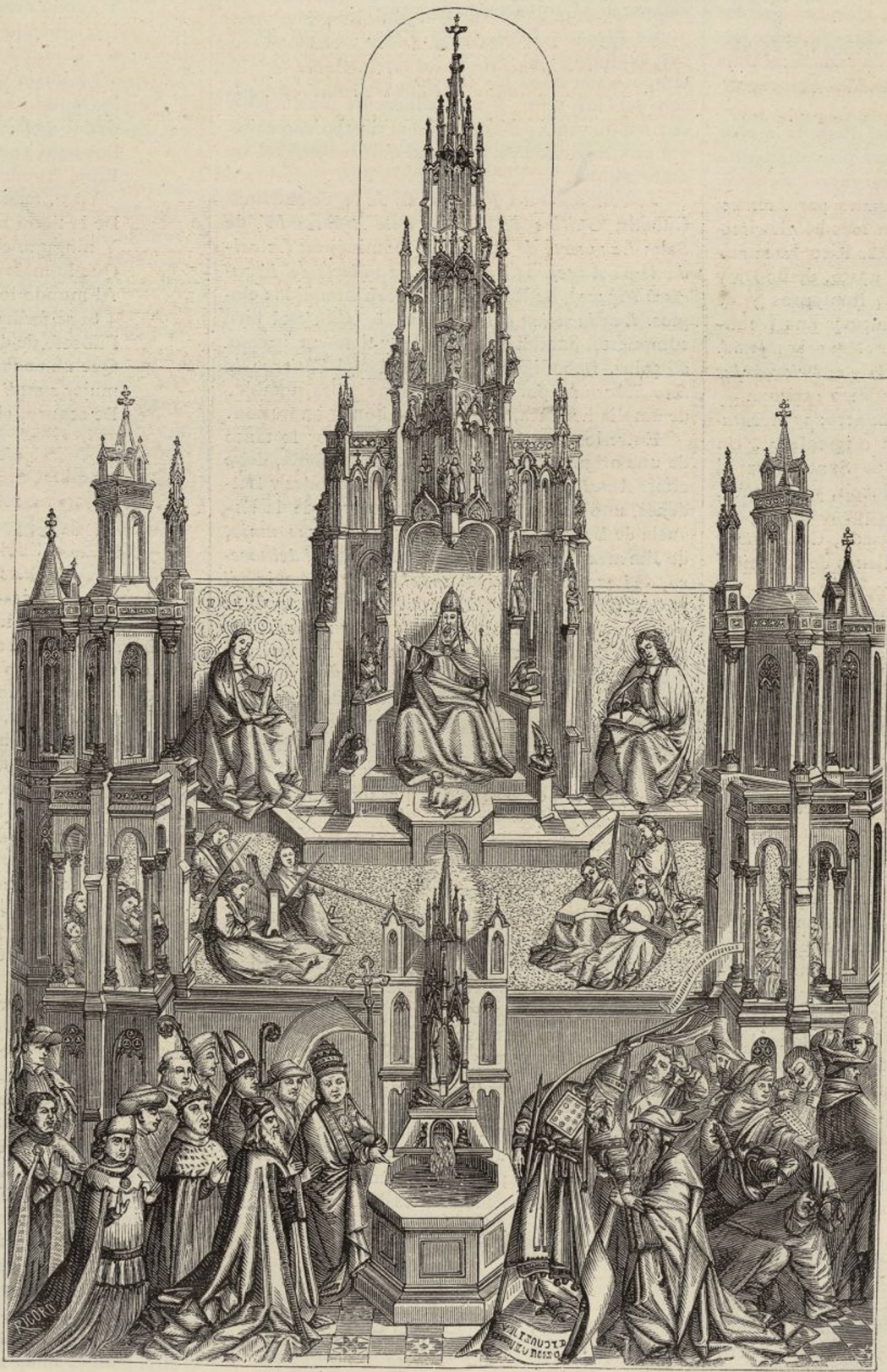
mo; aún alientan las almas con aspiraciones infinitas; aún se remonta el pensamiento por encima de la vil concupiscencia; aún se orientan los destinos de la humanidad allí donde la Justicia Suprema tiene su asiento.

Los ojos del cuerpo, que al fin son materia, pretenden á veces vislumbrar el triunfo de ésta, y creen ver el hogar del Cristianismo convertido en desierto espantoso por los hijos pródigos, mientras el noble espíritu de la humanidad, templado y nunca abatido en la desgracia, sigue oyendo los cantos de la cuna y respirando los perfumes de la juventud, dulcemente reclinado en el seno de la Iglesia católica.

¡Desdichados soñadores los que aspiran á construir un mundo y realizar una vida, tales como los fingen en sus sacudimientos contra toda otra autoridad que no sea su razon! ¡Pobre razon, que se proclama libre porque tiene que confesarse limitada, é incapaz, por ello, de comprender lo limitado é infinito! Procedimiento análogo al del ciego que ensalzase la libertad de las tinieblas.

La revolucion protestante, primer hecho en que se manifiesta ese impulso de emancipacion de lo antiguo y renovacion por lo moderno, el renacimiento, la civilizacion contraria á la cristiana, el mundo clásico, y, en fin, la filosofía, la ciencia revolucionaria, evolucion profunda y radical, representada en dos direcciones diferentes, la sensualista de Bacon y la racionalista de Descartes, fueron la piqueta que minó lentamente, y á veces con intervalos plausibles, la obra grande, majestuosa y sublime del Catolicismo.

El trabajo de destruccion religiosa tocó, en primer término, á Alemania; Kant, con su *Crítica de la razon pura*, poniéndolo todo en problema, elevando á afirmacion categórica la duda universal, erigió, como dice un notable publicista, el vestibulo de la ciencia moderna, donde penetran despues con mayor empuje á banderas desplegadas; Fichte, reconociendo sólo en la realidad el sugeto pensante, y negando, por consiguiente, los vínculos religiosos; Schelling, deduciendo el Cristianismo como



LA FUENTE DE SALVACION

que se traiga al palenque de la discusion un dia y otro, que se someta á la piedra de toque de la controversia fecunda é ilustrada, destruyendo errores, desvirtuando preocupaciones, contrarestando tendencias peligrosas.

Los más caros intereses, los intereses sociales é individuales de consuno reclaman imperiosamente que no se pierdan derroteros salvadores, evitando que, no ya el panteísmo y otras escuelas, incluso el materialismo, sino el indiferentismo, verdadero cáncer que corroe las entrañas de los pueblos modernos, prosiga su obra de destruccion de los antiguos ideales, á cuya luz caminaron seguras

un hecho racional y en modo alguno histórico; Hegel, sometiéndolo á una construcción más caprichosa al moldearlo en límites designados de antemano, y otros filósofos; en fin, que, como Scheleiermacher, han querido hacer independiente la ciencia de la vida religiosa, separando géneros que, en último resultado, tienen que confundirse siempre en su especie, que es el hombre. Hay quien sostiene que el ideal del Estado cristiano no es necesariamente contrario á la libertad religiosa. En lo cual se equivocan, por cierto. El ideal, el verdadero ideal de las naciones cristianas, de los Estados católicos, es lograr la unidad religiosa, que sólo por ser unidad constituye beneficio inapreciable. ¿No viene el mundo caminando siempre hácia la unidad? ¿No es la unidad, según todos los filósofos desde Platon, el fin último de las sociedades? Elementos que la quebrantan son elementos ineludibles en ocasiones; pero al cabo perturbadores, anár-

quicos, disolventes, y en tal concepto un verdadero mal. Cuando la union de un Estado y la Iglesia realizan la más estrecha intimidad de relaciones entre ambas potestades, mutuamente se apoyan y armónicamente se desenvuelven. Entonces la voz del sacerdote alienta en nombre de Dios á los ejércitos, y el guerrero triunfa invocando el mismo sacrosanto nombre; convoca á concejo la misma campana que llama á hacer oración, y el ministro del Altísimo es á la vez consejero del creyente y del ciudadano; las ofensas á la Religión son al propio tiempo acciones punibles para el Estado. Ahí está la historia, y la historia no es al fin sino la sancion de la lógica.

Entre los desvaríos de la razón soberbia, que no alcanzando á explicarse lo creado, rebaja hasta su pequeñez la creación, y las sublimidades de la fé cristiana que alumbra salvadora misteriosos derroteros, ¿quién no opta por la fé, por el espiritua-

lismo que inspiró á Platon y Aristóteles, por el Cristianismo que profesaron San Agustín, Santo Tomás, Fray Luis de Leon y Bossuet? Qué sería de la sociedad, exclama un gran pensador, si Dios desapareciera de ella, si la religión nos abandonara para siempre?

No es posible que el Cristianismo desaparezca, porque nada podría reemplazarle. ¿Qué compensaciones se nos ofrecen? En lugar del Dios Providencia, un Dios indeterminado; en lugar de los consuelos del Cristianismo, la nada absoluta, el vacío, la noche eterna.

No hay que temer que ese día llegue. Rugirán los huracanes, sonará el trueno, se hará el rayo; la Religión católica, como el Arca de la Alianza, resistirá á la tormenta, y como Iris de paz anunciará á los hombres mejores días.

Las cuestiones religiosas, que léjos de haber sido disipadas por el soplo del indiferentismo, ó re-



NICOSIA, CAPITAL DE LA ISLA DE CHIPRE

ducidas á exiguas proporciones por el desarrollo de otros intereses, según se aparentan creer, se han presentado de nuevo, como dijo Balmes, nuestro gran filósofo, con todo su grandor, con su forma gigantesca, «sentadas en la cúspide de las sociedades con la cabeza en el cielo y los pies en el abismo.»

JAVIER UGARTE.

EL GRITO DE COVADONGA

ROMANCE HISTÓRICO

Siete años eran pasados
Desde la sangrienta rota
Que abrió en Jerez sepultura
A la monarquía gótica.
Siete años en que los moros
Dominando á España toda
Desde el estrecho de Gades
A las cantábricas costas,

Disponían á su antojo
De haciendas, vidas y honras.
Ninguno osaba oponerse
A su marcha vencedora,
Y la posesión tranquila
De la nación española,
Con el trascurso del tiempo
Que las conquistas sanciona,
En derecho iba trocando
Lo que un día fué victoria.
Algunos de la Cantabria,
En las montañas frías
Buscaron seguro asilo
Donde vivir en la sombra.
Quizás un desesperado
Soñó la locura heroica
De protestar con las armas
Contra la invasión odiosa,
Y quizás apagó el fuego
De su vengativa cólera,
Vencido por mil razones,

O cobardes ó juiciosas,
Que á las veces esas causas
Se confunden una y otra,
Pues cuando la patria muere
Tan sólo el miedo razona.
En un escondido valle
De vegetación frondosa,
Circundado de montañas
Tan altas, que al cielo tocan,
Para obligar á las nubes
A servirles de corona,
Varios de los fugitivos
Con frecuencia se convocan
A platicar de la patria,
De la patria y sus congojas;
Pues aunque ninguno espera
Poner remedio á las cosas,
Algun alivio consigue
El dolor cuando se llora,
Y hay más llanto muchas veces
En una palabra sola,

Que pueden verter los ojos
En cien años gota á gota.
Allí el preclaro magnate
De estirpe noble y gloriosa,
Se junta con el labriego
De faz dura y mano tosca.
En ellos no hay distinciones,
Que la desgracia las borra,
Y el mismo dolor los une,
La misma fe los conforta,
Les mueve el mismo deseo,
Igual temor les acosa,
Aman á la misma patria
Y en el mismo Dios adoran.
Allí concurre Pelayo,
A quien Dios, con mano pródiga,
Salvar quiso en Guadalete
La existencia generosa,
Para que en su corazon
Quedára la patria goda,
Como en el grano de trigo
Que el labriego al surco arroja
Está la dorada espiga
Que luego del tallo brota.
Juntos están una tarde
En conferencia amistosa,
Los que juntos participan
De sus ansias patrióticas.
El prudente Segismundo,
A quien su virtud abona,
Pero que tiene, por causa
De la mucha edad que goza,
El alma casi en el cielo
Y los piés casi en la fosa,
Templar quiere con razones
La llama devoradora
Que en los pechos juveniles
A brotar parece pronta.
—Ya hay esperanza,—dice
Con voz apagada y ronca;
—Dios lo quiere, y es inútil
Que á su voluntad se oponga
El esfuerzo de unos pocos
Cuyas ilusiones locas
Al tratar de realizarse
Morirían por sí solas,
Como la flor del almendro
Se desprende de su copa
Sin que la empuje la brisa,
Sin que el huracan la rompa.
¿Qué veis en España, amigos,
Más que vergüenza y deshonor?
Todos tiemblan donde el moro
Pone su planta invasora,
Y le rinden vasallaje
Por sus bienes y personas.
Muchos con el enemigo
Hacen infame concordia,
Y en las doncellas cristianas
Encuentra el árabe esposas;
Y el pueblo, en vez de indignarse,
Agradece á esas matronas
Las complacencias que al moro
Con torpes caricias compran.—
Al oír estas palabras,
Con voz de trueno y faz torva,
Y temblando de coraje,
Exclama Pelayo:—Asombra
Oír hablar de tal suerte
A los que de hombres blasonan.
Si los débiles al yugo
La cobarde cerviz doblan,
Y el rigor del africano
Con resignacion soportan;
Si venden los desleales
De su patria vida y honra,
Y si imitan las mujeres
A nuestra reina Egilona,
Y en brazos del enemigo
Envilecidas se arrojan;
Los que por dicha tenemos
En las venas sangre goda,
Y no venimos de casta
De Judas, ni de don Oppás,
Y ceñimos férreo casco
Que no femeniles tocas,
No hemos de tomar ejemplo
De cobardías traidoras,
Ni de torpes liviandades,
Ni de infamias afrentosas.

—¿Y qué pretendes?—Dudarlo
Puede el que no me conozca:
Mas tú, que desde mi infancia
Vives junto á mi persona,
¿Acaso pensar pudiste
Que aquí me viniera ahora
A pedir á estas montañas
Un asilo que me esconda?
No tal. A hacer he venido
Fortaleza de estas rocas,
Para dar desde ella un grito
Que en toda España se oiga.
—¿Quién responderá?—Los buenos.
—Serán pocos.—¿Qué me importa?
Para morir peleando;
Los muchos están de sobra.
Huir de España no quiero,
Verla esclava me sonroja,
Vivir en paz con los moros
Conquistadores, es cosa
Que con armas en el cinto
Mi altivez no la soporta.
—¿Qué me queda, pues?—La guerra;
Y he de hacerla á toda costa
Yo solo, si no hay ninguno
Que en España me responda,
Mas juro á Dios y á mi padre
Que, abandonado ó con tropas,
La tierra que me sustente,
Si mandar no puedo en otra,
Mientras yo la pise vivo
Ha de ser tierra española.—
Como el incendio latente
Que en la tierra se aprisiona
Y estremece la montaña
Con sus convulsiones locas,
Hasta que al fin de su cárcel
Consigue romper la costra,
Y hecho torrente de fuego
Todo lo arrasa y devora,
Así en cuantos escucharon
Estas frases animosas,
La llama del patriotismo
Encendióse abrasadora.
—¡Viva Pelayo!—Gritaron
Cien voces atronadoras
Que de las almas salieron
Mucho más que de las bocas;
Y en aquel sublime instante
De noble fiebre patriótica,
Más de una mano crispada
Buscó el arma vengadora,
Como si ya del combate
Sonára marcial la trompa.
Los ecos de las montañas
Desde aquella tarde hermosa,
No repitieron lamentos,
Ni quejas desgarradoras,
Ni romances pastoriles,
Ni canciones amorosas,
Sino el crujir de las armas
Que en todas partes se forjan,
Y fieras voces de guerra,
Que retumban de una en otra.
Y Dios quiso al poco tiempo
Premiar la virtud heroica
De Pelayo y de su gente,
Dándoles en Covadonga
El triunfo en que nueva vida
Halló la patria española.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuacion)

Sobre los parterres en forma de anfiteatro del palacio de Noyal, los convidados todos del marqués contenían pasmados la respiración. Blanca se estrechaba contra Lacuzan, que miraba á María con una especie de compasión. La multitud chillaba. Guillermina Barbédor, desesperando de encontrar ocasión más oportuna, preguntó al joven Mor-

michel si pensaba esperar hasta el día del juicio para conocer las dulzuras de la familia.

Malbrouk cayó por primera vez.

Se levantó.

Volvió á caer de nuevo.

Y del todo furioso entonces, llevando hasta el delirio su intrepidez y su audacia, se lanzó á cuerpo muerto en el espacio, haciendo remolinos, y dando vuelcos y echando espuma.

Bailaba con los brazos, con los piés, con los costados, con la cabeza...

Su cuerpo rebotaba sobre la cuerda como una pelota de goma.

—¡Adelante! ¡Adelante!—gritaba sin cesar.

El público fué quien se cansó primero. El cántico de *Malbrouk se fué á la guerra* se debilitaba poco á poco, y al fin cesó del todo. Malbrouk, ya sin aliento, abandonó la maroma, y dijo:

—¡Ahora te toca á tí, Pichenet!

Pichenet aguardaba aquel momento con impaciencia, porque entonces estaba allí María. Ya había visto Pichenet sus delicadas manos, que aplaudían las habilidades de Malbrouk, y deseaba merecer otro tanto. Deseaba aún superar á Malbrouk, cuya gloria le ofuscaba.

Lanzóse Pichenet al aire, y se colgó de la maroma sin el auxilio de la escala. Reinó en el corro un prolongado murmullo á su primer salto, que excedió en medio pié al último salto de Malbrouk.

—Mira, mira,—se dijeron unas á otras las mujeres de las cofias,—el jovencito se reservaba para el fin.

Y la parte más viril de la asamblea, es á saber: las cinco hermanas Trecoché, los dragones y los paisanos, se pusieron á mirar con toda su atención.

María también miraba. Pichenet creía verla sonreír.

Aquello no era ya un gimnasta; aquello era un pájaro: parecía que tenía alas.

En la primera fila de espectadores estaba María Landais, la moza más gruesa y más guapa del barrio del Obispo, muy satisfecha porque se habían leído aquel mismo día al ofertorio sus proclamas. Se apoyaba en el brazo de un dragon simpático y de cierta graduación, que era su novio.

María Landais, á quien todos llamaban Marionna, llevaba un gran ramillete de rosas, regalo del galante sargento de dragones.

Había aplaudido mucho á Malbrouk, y todos habían visto su gorra cargada de bordados ondular y agitar sus guarniciones de encajes en los fogosos arrebatos de su entusiasmo.

Cuando Marionna estaba contenta, lo dejaba conocer fácilmente. No se conocía el mal humor en el barrio del Obispo. El bailar de Pichenet la agradó tanto, que le arrojó el ramillete de rosas con dos estrepitosos besos encima.

Pichenet dejó pasar los dos besos, y cogió al vuelo el ramillete de rosas.

El apuesto y galoneado dragon se retorció el mostacho con ademan terrible; pero la hermosota de su novia se le echó á reír con la formalidad del mundo.

Por lo que hace al ramillete, yo no sé cómo, en lugar de parar en la mano de Pichenet, tomó nueva fuerza, describió una curva por encima de las cabezas de la multitud apiñada, pasó la cerca del jardín de Noyal y fué á caer á los lindos piés de María.

El dragon quedó vengado. Una sonrisa de satisfacción se veía á través de sus bigotes, en tanto que Marionna le enseñaba los puños á Pichenet.

El caballero Avaugour, que en aquel momento tenía el honor de hacer de escudero de María, recogió el ramillete para ofrecérselo respetuosamente.

Pichenet no interrumpía ni un instante su baile; pero seguía la escena del jardín con el rabillo del ojo, y si no se rompió veinte veces la cabeza, es porque los chiquillos enloquecidos tienen también su Angel de la Guarda, como le tenemos todos.

¡Qué gozo y qué orgullo cuando las manos de María abarcaron el ramillete de rosas! Pichenet hubiera abrazado á Marionna Landais por la felicidad que le proporcionaba.

—¿Habeis visto?—decían las Trecoché, que tuvieron todas cinco la misma idea;—¡á esa edad y ya ha sabido hacer negociol! La señorita de Noyal bien seguro es que le va á enviar uno ó dos escudos de á seis francos!

—El ramillete de Marioneta ha sido para Mariquina,—exclamó el peluquero Solimant, aficionado á los madrigales como todos los artistas.

Guillermina Barbedor creyó aquel el momento más favorable para decirle á su Mormichel:

—¡Ah, Saturnino! ¡No me comprenderá usted jamás!..

Vivé había obtenido un éxito asombroso con su *Malbrouk se fué á la guerra*, y quiso aspirar á otro éxito.

—Hala, chiquillo,—exclamó, haciendo la voz gorda y dirigiéndose á Pichenet;—está prohibido tirar nada por encima de las tapias del jardín.

Vivé fué silbado, y tres mil voces á la vez gritaban:

—¡Bien, Pichenet! ¡Valor, chico, valor!

Ya veis si Pichenet tenía necesidad de nada de esto para estar orgulloso. Contemplaba á María, que levantaba el ramillete sonriendo y le aproximaba á la cara. Mas cuando el ramillete tocó á la nariz de María...

—¡Ah! ¡Pobre Pichenet!

Explicáremos el caso con toda verdad, lisa y llanamente.

La rozagante María Landais no era ni con mucho una jóven de distincion. En el almuerzo con que había solemnizado aquel día los contratos matrimoniales y la lectura de la primera amonestacion, había bebido aguardiente. La gustaba el aguardiente casi tanto como las rosas. Y por una triste aberracion, siempre que bebía aguardiente en ocasion en que tuviera rosas, para añadir este otro perfume al suyo las rociaba con aguardiente.

Si estos detalles no fueran de absoluta necesidad en nuestra historia, estad seguros, los que leyereis, de que hubiéramos tendido sobre ellos un velo impenetrable.

¡Echar aguardiente sobre las rosas! Denota esto una perversidad de gusto tan profunda, que el ánimo se subleva contra tanta ignominia.

Figuraos, pues, á María, á la señorita de Noyal, muy confiada, y sin precaucion alguna, llevándose de repente á sus narices delicadas aquella asquerosidad sin nombre.

Estuvo á punto de caer sin sentido, herida por aquel malhadado perfume de taberna, que se la subió instantáneamente al cerebro. Un ligero grito de indignacion se escapó de sus labios, y arrojó lejos de sí el ramillete con disgusto. Marioneta soltó la carcajada. También ella quedaba vengada á su vez.

—¡Oh! ¡Y bien vengada!

Porque el pobre Pichenet, herido en mitad del corazon, perdió el equilibrio y se dejó caer redondo sobre la tierra.

La numerosa concurrencia se agitó, murmurando, llena de emociones y de temores.

Sólo Guillermina Barbedor, con esa increíble sangre fría de una solterona á quien se la ha metido el matrimonio en la cabeza, tuvo el valor de decir al horroroso Mormichel:

—Saturnino, reflexiónelo usted... Iba usted á ser un hombre tan dichoso...

La Chaumel estaba arrodillada delante de su hijo, que tornaba todavía sus moribundos ojos hacia el palacio de Noyal. Malbrouk se había vuelto á meter en su chamizo, y estaba echando un trago para tomar ánimo. El público les demostraba su simpatía de la mejor manera posible, con una verdadera lluvia de suses y dobles-suses (1). Marioneta les arrojó hasta un escudo.

María de Noyal sacó de un bolsillito, que era un dije, un Luis de oro, nuevo, flamante.

—Tome usted,—le dijo á Avaugour,—hágame usted el obsequio de tirarle esto al pobre muchacho, por su ramillete.

—¡Tan buena como hermosa!—exclamó el galán enternecido.

Miró por un momento la moneda de oro, y dijo muy bajito á María:

—Este Luis ya es del muchacho; pero yo no me atrevo á comprárselo sin permiso de usted.

—¿Comprárselo?—replicó María, maravillada.

—¿Me negará usted este permiso?

María juzgó que lo mejor era sonreírse.

—¿Cuánto da usted?—dijo sonriendo.

—Mil francos hay en este bolsillo;—replicó Avaugour.

María se puso encarnada. El caballero guardó el Luis de oro en el bolsillo del chaleco, y tiró los mil francos por encima de la tapia. El pueblo aplaudió con entusiasmo, como aplaudirá siempre, el noble desprendimiento y todas las acciones generosas.

En aquel momento, Lacuzan dejó á Blanca, y se acercó á Avaugour; cogióle de la mano, y llevándole aparte, le dijo en voz baja:

—Mil luses tiene usted por sus mil francos.

—Ya sé que es usted más rico que yo, Lacuzan,—le replicó el segundón de Bretaña sonriendo;—pero en nuestra familia, nadie hasta el presente ha hecho de esos negocios.

—¿No quiere usted cederme ese Luis de oro?

—Aunque me diera usted su hermoso castillo del Grail, con sus parques y sus arboledas...

—Ya me esperaba yo eso mismo,—le interrumpió Lacuzan;—este es un asunto que hay que arreglar de otra manera.

—A la disposicion de usted, señor conde.

Volvieron á darse otra vez la mano, y tan afectuosamente al parecer, que María, que había estado unos momentos inquieta, creyó llegada la ocasion de volver á sonreírse. Blanquita, por el contrario, los miró al uno y al otro como sobresaltada, enarcando ligeramente sus lindas cejas negras.

Entre tanto, al otro lado de las cercas nadie pudo explicarse la conducta del pobre Pichenet. Marioneta vació el bolsillo de Avaugour sobre la arena, exclamando, entre los prolongados aplausos de los espectadores:

—¡Mil francos! ¡Una fortuna para este muchacho! ¡Y todo, gracias á mi ramillete!

Las monedas de oro cayeron esparcidas delante de Pichenet; pero, ¿sabeis Pichenet lo que hizo? Pues se levantó, rechazó con el pie las monedas de oro, y corrió á encerrarse en la choza. Su madre le siguió, dejando á la concurrencia estupefacta.

Dentro de la casucha, Malbrouk, con la botella en la mano, canturreaba á media voz. Estaba borracho; pero su borrachera no era como la de los otros días. Tenía en la cara unas manchas verdosas, lívidas, y sus ojos, desencajados, lanzaban miradas siniestras.

—¡Me toca á mí otra vez bailar?—preguntó.—¡Ah, este va á ser un gran día!

Pichenet se sentó en un banco, sin responder una palabra. La mirada asustada de la Chaumel se paseaba de su marido á su hijo. Hubiérase dicho que adivinaba la proximidad de algun acontecimiento terrible. Temblaba la infeliz de pies á cabeza. Había en aquella miserable vivienda, entre aquellos tres personajes, vestidos todavía con sus sayos de lentejuelas, no sé qué lúgubre amenaza.

Malbrouk metió el cuello de la botella en la boca, y se reía con una risa de imbécil.

La parte más turbulenta de entre la multitud, hallando, en tanto, que la representacion no había terminado bien, comenzaba á mover ruido fuera. Algunas voces pronunciaban el nombre de Pichenet. Pichenet tenía la cabeza entre las manos, y no se movía.

La puerta estaba cerrada por dentro.

Malbrouk aplicó el oído, y dijo á Pichenet:

—A ti es á quien llaman. Vete.

Pichenet tampoco respondió.

Los gritos asediaban; la Chaumel cruzó sus manos temblorosas; Malbrouk cogió una vara de acebo, y se fué hacia el muchacho, tambaleándose.

—¡Vamos!—le dijo, levantando el palo;—¿no me has oído?

Pichenet se erguió de repente, mostrando en su semblante una expresion de cólera sombría y desesperada; nunca su madre le había visto así. Miró á Malbrouk de frente, y le dijo:

—No me pegue usted hoy; créame usted.

Esto era realmente una amenaza.

Malbrouk se echó á reír. La vara silbó, y trazó una línea azulada sobre la pálida mejilla del muchacho.

Pichenet encogió las corvas, dió un salto, y cogió á Malbrouk por la garganta.

La Chaumel se abalanzó á defender á su hijo en aquella lucha desigual.

Pero no fué Pichenet el que cayó debajo.

La fiebre suele dar á veces al brazo más débil una fuerza inconcebible.

Pichenet acababa de despertar de aquel delirio loco, que le tenía trastornado desde hacia unas

cuantas semanas. Había visto, momentos antes todo el abismo de su miseria.

En aquella hora de aguda y dolorosa desilusion era ya hombre. Antes que volver á subir á la cuerda, hubiera sufrido mil muertes.

Y al paso que su cabeza se despejaba, y mientras oprimían su corazon los más atroces pesares, acudía á sus miembros ese vigor ficticio y pasajero, pero irresistible, de las horas de crisis.

Pichenet no luchó más que un instante contra Malbrouk. Este lanzó un sordo rugido y cayó al suelo sin movimiento.

Pichenet retrocedió espantado de lo que había hecho.

—¡Oh! ¡Desgraciado, desgraciado! ¡Le has muerto!—exclamó la Chaumel, mirando con horror la cárdena faz de Malbrouk y los ojos inmóviles y desencajados que parecían salirse de las órbitas.

—¡Le he matado sin querer!—replicó Pichenet.

La Chaumel abrió la puerta trasera de la cabaña, llevó allí á su hijo y le empujó hacia afuera. La concurrencia estaba toda por la parte de adelante.

—¡Huye,—le dijo,—véte de aquí! ¡Ocultáte bien!

Pichenet obedeció maquinalmente; se fué todo á lo largo de las cercas de la Abadía, y desapareció.

La Chaumel se cubrió el rostro con las manos y se acurrucó junto á Malbrouk, que ya no se meneaba.

—Van á venir á buscarle, decía para sí;—mi marido está muerto... Van á prender á mi hijo...

Afuera, sobre la colina, el público no sabía nada de lo que pasaba dentro de la pobre cabaña, y continuaba pidiendo á gritos á Pichenet.

Los convidados del marqués de Noyal no se ocupaban ya de lo de afuera, y bailaban en un salon de follaje.

Blanca se había marchado sola; había desdeñado el brazo de Alberto de Coetlogon, dejando escapar un profundo suspiro. ¡Y eso que Alberto bailaba tan bien, y á ella la gustaba tanto bailar!

Había subido á su observatorio, y desde allí, más elevada que el público de afuera, había podido ver á Pichenet salir de la barraca por la puerta de atrás, y deslizarse á lo largo de la cerca de la Abadía.

¿Adónde iba de aquella manera extraviado, desesperado?

Blanca pensó inmediatamente.

—Se lo diré á Lacuzan, y Lacuzan logrará encontrarle.

Debajo de ella, la turba popular murmuraba y se reía. Querían á Pichenet, muerto ó vivo.

—¡Acá, acá!—gritaba la bella María Landais;—vamos á echar abajo la puerta; ya la pagaremos despues. Un día de amonestaciones es preciso divertirse.

La idea pareció bien á todos menos á Guillermina Barbedor, que arrastró léjos de allí á su Mormichel para no exponerse á tener que pagar su correspondiente parte de la puerta.

La forzuda Marioneta, que era todo un marimacho, pegó la primer patada á la puerta. La pobre Chaumel cruzó sus manos heladas de susto. Creía que iban á buscar á su hijo como asesino.

A la segunda patada, las tablas carcomidas res-tallaron. A la tercera, la puerta cayó hacia adentro, y la turba se precipitó tras ella en la barraca.

Mas los primeros que entraron lanzaron un grito de horror al aspecto de Malbrouk tendido en el suelo, y retrocedieron como por un movimiento instintivo.

Casi todo el mundo conocía en Rennes los síntomas de la epidemia. Una palabra terrible salió de los labios de los que habían entrado en la cabaña, y reinó todo en torno el silencio: un silencio mortal.

La cuesta de Santa Melania se desocupó como por encanto. Aquello fué una deshecha espantosa.

Dos minutos despues, ya no quedaba un alma entre el palacio de Noyal, lleno todavía de los alegres ruidos de la fiesta, y la triste barraca donde se retorcia y echaba espuma por entre los dientes, Malbrouk agonizante.

No era Pichenet el que había derribado en tierra á Malbrouk: era el MAL DE INFIERNO.

(Se continuará)



(1) Perros chicos, y perros grandes, como diríamos en España.

MOVIMIENTO RELIGIOSO

El celo y la incansable laboriosidad del Sr. Arzobispo de Valencia, verdadero apóstol de aquella Archidiócesis, está dando resultados admirables. Además de las cuantiosas obras de caridad que ha hecho personalmente, socorriendo por su propia mano á muchos desgraciados que le bendicen, los actos pastorales de su Pontifical pueden reasumirse en lo siguiente:

Entraba el Prelado de Valencia en la capital de su Arzobispado el día 7 de Octubre de 1877.

Sin descanso de un solo día empezó sus tareas apostólicas, predicando en la Catedral todos los domingos y en otras fiestas. Hasta fines de año había predicado once sermones. Desde Enero hasta el día ha predicado 35. Total en un año, 46.

Ha celebrado 12 pontificales; en medios pontificales 4, y dos veces órdenes, en las cuales ha ordenado 66 presbíteros, 38 diáconos, 14 subdiáconos, de menores 18 y de tonsura 35; siendo de notar que el Prelado ha estado dos meses enfermo y otros dos en el Senado.

Ha administrado en todas y cada una de las parroquias de la capital el Sacramento de la Confirmación por espacio de tres meses y dos días por semana, hasta no quedar confirmados, subiendo el número de éstos á 16.793. También ha confirmado á los militares, á sus familias y á otros particulares.

Ha regularizado, según el plan de estudios, el seminario, los colegios, las cátedras, los estudios y el plan de enseñanza.

Ha formalizado asuntos pendientes, y arreglado mil otros que requerían especial solicitud.

Ha celebrado concurso para proveer los curatos vacantes, y en primera provision ha enviado novena y un párrocos á feligresías regidas interinamente.

Ha dado varias instrucciones pastorales al clero y al pueblo, y, como es natural, las dá especiales para el buen régimen de arciprestazgos y parroquias.

Muy en breve continuará la santa visita pastoral iniciada en Valencia, empezando por Alcoy, Onteniente, Játiva, Albaida y cuantos más pueblos le sea dado recorrer.

En el admirable libro publicado por Monseñor Haerne, con el título *Progresos del Catolicismo en los pueblos de origen anglo-sajon*, encontramos los siguientes datos respecto del Canadá y de los Estados-Unidos:

«En 1855, el número de Sedes católicas que existían en todas las colonias inglesas, incluyendo las

de América, Australia, India é Indias Orientales, era de 41. Pero en 1877 el número había doblado; siendo 88 los Arzobispos y Obispos que ejercen hoy su ministerio en los mismos territorios.

«Tomando, por ejemplo, diez diócesis de Canadá para apreciar los progresos colosales del Catolicismo, se encuentra que en 1869 había en ellas 779 iglesias, y en 1876, siete años más tarde, las iglesias subían á 913, mientras el clero, en el mismo período, ha subido de 786 á 1.171. La misma proporción han tenido los Institutos religiosos, que eran 77 en 1869, y que son 196 en 1877; en cuanto á las necesidades de la enseñanza de una población de 1.882.000 almas, se hallan atendidas hoy por 3.139 escuelas parroquiales, lo cual da una escuela por 600 almas, que es lo que no tiene ningún Estado europeo, empezando por Prusia.

«En cuanto á los Estados-Unidos, los progresos son más notables. Quince años antes de la Independencia, en 1776, sólo había en los Estados 25.000 católicos, al cuidado de 21 sacerdotes, y sólo en 1790 se estableció la primera diócesis en Baltimore, sin que entonces hubiera sino 34 sacerdotes, á cargo de un Vicario Apostólico, para cuidar de 30.000 católicos, esparcidos en una población total de cuatro millones y medio de almas.

«Pues bien; medio siglo más tarde, en 1840, los católicos subían á millón y medio, con 16 Obispos, 482 sacerdotes y 454 iglesias. Pasan quince años, y el número de católicos en 1855 excede de dos millones; y pasan veinte años más, y en la estadística de 1876 el número de los católicos llega á siete millones, dirigidos por 56 Prelados, 5.358 sacerdotes, que administran 5.000 iglesias y 3.711 oratorios y estaciones religiosas.

Al mismo tiempo, en esos pocos años, desde 1860 á 1871, los conventos de hombres suben de 15 á 95, y de 50 á 228. En 1800 sólo había un convento de monjas, y en 1876 hay 400, y existen además 64 colegios superiores.»

Escriben de Shanghai:

«El nombre de Ning-Ko-Fou, y la persecución que esta comarca ha sufrido, son harto conocidos para que sea necesario recordarlos. Lo que debe decirse es que el reverendo padre General de la misión hizo un voto á la Santísima Virgen ofreciendo contruir un santuario para el nombre de Nuestra Señora del Auxilio, si se dignaba enfrenar el furor de nuestros enemigos, y procurarnos los recursos necesarios para reparar las ruinas que la tea de los incendiarios y la piqueta de los demolidores habían acumulado. El deseo fué cumplido; así es que el 21 de Mayo último, el P. Seckungas, auxiliado por seis misioneros, y rodeado de doscientos ó trescientos auxiliares, bendecía la primera piedra del nue-

vo santuario que se levanta ya hoy en Choei-Tong en honor de la Virgen.

«Choei-Tong es el principal centro del Catolicismo en ese país.

«Decididamente, los misioneros católicos se han propuesto evangelizar el Africa Central. Los misioneros protestantes se retiran en todas partes ante los peligros que ofrece el país bajo todos conceptos; pero eso excita más y más á los misioneros católicos. Mons. Daniel Cambon, Vicario Apostólico del Africa, ha enviado desde Khantoum, en Nubia, un Mensaje al Padre Santo, con fecha 28 de Junio, suplicando á Su Santidad que envíe una bendición especial á la inmensa misión católica de Nigrizia, donde hay aún cien millones de idólatras.»

SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Es corriente desear el bien, no lo es hacerlo si cuesta algun trabajo.

JEROGLÍFICO



La solución en el número próximo.

Imp. de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, 4.

SECCION DE ANUNCIOS

GALERIA DRAMÁTICA INFANTIL

DEDICADA

á los Colegios y Sociedades recreativas,

DEL PRESBITERO

D. JOSÉ MARÍA LEON Y DOMÍNGUEZ,

Catedrático del Seminario Conciliar de Cádiz.

José en Egipto, 6 reales.—La Pastora Inmaculada, 4 rs.—La Adoración de los Pastores, 6 rs.—La Resurrección de los Justos, 3 reales.—El Séise Mártir de Zaragoza, 4 rs.—La Reconquista de Cádiz, 8 rs.—La Adoración de los Reyes, 6 rs.—Los Mártires Patronos de Cádiz, 6 rs.—Santa Eulalia de Barcelona, La Corona de San Luis Gonzaga y Estér (un cuaderno), 8 rs.—El Ángel de Puigcerdá, 5 rs.—La Virgen de Nicomedia, 4 rs.—Constantino, 6 rs.—Covadonga, 4 rs.—Dimas, ó la huida á Egipto, 4 rs.—Justicia del Cielo, 4 rs.—Venganza de buena ley, 4 rs.—El andaluz más templado, pieza chistosa para fin de fiesta, 4 rs.—El Plan-Puding á la inglesa, La Medicina Infalible y El regalo de Filipinas, sainete, 8 rs.

Obras religiosas y morales.—Leyendas históricas y morales, dos tomos, 20 rs.—Páginas de hogar, leyendas, cuentos, fábulas y tradiciones (con grabados), 4 rs.

Todas estas obras se hallan de venta en Madrid: Olamendi, Paz, 6; Perdiguero, San Martín, 3; viuda de Aguado, Pontejos, 8, ó dirigiéndose al autor, Cádiz, San Juan, 40.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PÁGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que los pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fe* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

ACADEMIA PREPARATORIA PARA CARRERAS ESPECIALES,

Calderon de la Barca, 4, pral.

dirigida por los antiguos oficiales del cuerpo de Ingenieros militares, D. José y D. Antonio Garin y Vargas. El primero profesor que ha sido de geometría analítica y cálculo de la Academia del arma, sita en Guadalajara.

Las clases comenzarán el 1.º de Octubre. Horas en que se recibe de doce á tres de la tarde.

ALBUM-ALMANAQUE DE LOS PAPAS PARA 1879

Este Almanaque ha de contener, además del Santoral y otras materias interesantes, *El Mapa de todos los Papas que ha habido desde San Pedro hasta Leon XIII*, en fotografía. *El Mapa de todos los Reyes que ha tenido España desde Ataulfo hasta D. Alfonso XII*, también en fotografía. Por manera, que este Almanaque será el único en su clase, y cuyo precio en venta será 12 reales.

A todos los que nuevamente pidan los cuadros de los retratos de Su Santidad Pío IX y Leon XIII, abonando 10 rs. se les dará gratis este Almanaque, que verá la luz pública en el próximo mes de Noviembre, con la lista de todos los suscritores.

Se admiten anuncios para este Almanaque á los precios siguientes:

Una plana, 110 rs.; media, 60; cuarto de plana, 40 rs.

Las suscripciones y anuncios, á D. José Morales, calle de la Esgrima, núm. 11 pral.